Vegas

Crónica de una mala racha

JOHN GREGORY DUNNE

Traducción de Javier Calvo

gatopardo ediciones

Título original: *Vegas: A Memoir of a Dark Season*

© 1974 by John Gregory Dunne

© de la traducción: Javier Calvo, 2025
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L., 2025
Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

ISBN: 979-13-990310-2-7
Depósito legal: B-16009-2025
Impresión: Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Noel E. Parmentel Jr.

Ite missa est
Deo gratias

Ésta es una obra de ficción que rememora un periodo al mismo tiempo real e imaginario. Por ejemplo: en Las Vegas hay humoristas, prostitutas y detectives privados, pero no existen Jackie Kasey, Artha Ging ni Buster Mano. Yo soy más o menos «yo»; ellos son ellos en menor medida.

Como todo lo que no es resultado de emociones pasajeras,
sino del tiempo y la voluntad, cualquier matrimonio,
sea feliz o infeliz, resulta infinitamente más interesante
y significativo que cualquier romance, por apasionado
que éste sea.

W. H. Auden

Nadie que yo conozca va a Las Vegas.

Margot Hentoff

Las Vegas, condado de Clark, Nevada (lat. 36° 11′ norte; long. 115° 08′ oeste), asentamiento colonizado originalmente en 1855 por un grupo de mormones bajo las órdenes de Brigham Young, y abandonado por los mormones tras una serie de incursiones de los indios paiute. Durante la Guerra Civil, la caballería de Estados Unidos estableció, en lo que más adelante sería Las Vegas, un puesto de avanzada destinado a proteger la ruta establecida al sur de California. La ciudad se fundó oficialmente el 15 de mayo de 1905, pero no empezó a florecer hasta 1931, año en que el estado de Nevada legalizó el juego. Hoy en día es el núcleo de una metrópolis de casi 300.000 habitantes. Cuenta con 143 iglesias, 159 tropas de *boy scouts*, 93 escuelas tanto públicas como religiosas, en las cuales está prohibido impartir educación sexual, y 220 zonas residenciales registradas; también cuenta con la base aérea de Nellis, «las instalaciones de una fuerza aérea más grandes del mundo libre», 25.596 habitaciones de hotel y motel, mil mesas de juego y 16.000 máquinas tragaperras. Las Vegas conserva el nombre español de su geografía original, y tiene una tasa de suicidios que dobla la media nacional.

PRIMERA PARTE

UNO

1

En el verano de mi crisis nerviosa me fui a vivir a Las Vegas, condado de Clark, Nevada. La primavera había sido mala, igual que el invierno y que el año entero. En otoño había ido a hacerme un examen médico para mi póliza de seguro. La consulta estaba en el piso diecinueve de un edificio nuevo y aséptico de la avenida Wilshire de Los Ángeles. Un aparcamiento rodeaba el edificio por todos sus costados, como si fuera el foso de un castillo; todas las plazas estaban pulcramente marcadas con líneas diagonales, blancas para el estacionamiento temporal, amarillas para el mensual y verdes para el personal de mantenimiento del hospital. Desde la ventana de la consulta se veía un cobertizo de estilo neopolinesio que había al otro lado de la calle, sede de una de las agencias de alquiler más grandes de Los Ángeles. En el tejado del edificio daba vueltas un letrero de neón que anunciaba:

TODO PARA FIESTAS O HABITACIONES DE ENFERMO

Mesas de banquetes	Sillas de ruedas
Mesas para jugar a naipes	Andadores
Porcelana	Elevadores de tracción

Cubertería	Inodoros
Vasos	Oxígeno
Barras	Aparatos de terapia respiratoria
Carpas	Muletas
Toldos	Hidromasaje

El médico a cargo de mi revisión se llamaba Virgil Isador Kerides. Era, según me informó, judío griego. Y se puso a explicarme los problemas que aquello le causaba. La gente siempre me cuenta esas cosas cuando la acabo de conocer: siempre hay mujeres desconocidas revelándome que tienen cáncer de útero, o bien hombres que en un avión me confiesan que tienen una amante de color en Saint Louis. Nunca es negra, siempre es «de color». Nunca he sabido cómo reaccionar, nunca he entendido por qué me eligen a mí para contarme sus intimidades. Quizá sea mi castigo por el hecho de hacer oídos sordos a los problemas de mis amigos. No soporto escuchar por qué están abandonando a sus esposas, ni cómo les van los tratamientos para el alcoholismo. «¿Ah, sí?», les digo a esas desconocidas con dolencias malignas en el útero. O bien: «Entiendo». Cosa que nunca es verdad.

Lo que me llamó la atención de Virgil Isador Kerides fue que llevaba un zapato negro y otro marrón y que tenía una mancha de yema de huevo en la corbata. Ésas son las cosas que me interesan, además de la organización y el código de color de los aparcamientos. Me interesan las conversaciones que cazo al vuelo en los restaurantes, el mosaico de pequeñas traiciones que decoran las vidas comunes y corrientes. Se trata de una afición que no requiere inversión emocional. Me pregunté en virtud de qué maniobra del destino un prometedor estudiante de Medicina acababa convertido en médico de mediana edad empleado por una compañía de seguros, con un zapato negro y otro marrón, un guante de plástico cubierto de vaseli-

na en la mano y la misión de invadir e investigar a diario cavidades rectales de desconocidos. Me lo pregunté, pero no dije nada. Mi mujer dice que sufro de distanciamiento patológico.

Virgil Isador Kerides se quitó el guante de plástico y se puso a tomarme la presión sanguínea. Había anotado en mi formulario que yo era escritor. Me dijo que le interesaba la escritura, y que quería intentar escribir él también. Aquel año había muchas series de médicos en la televisión. Comenté que quizá les hiciera falta un asesor técnico. Le sugerí que escribiera a los productores.

—Seguramente ya sea tarde para mí —me dijo—. Siempre he llegado tarde a todo.

—¿Ah, sí? —repuse.

—Quizá podría escribir un artículo para *TV Guide* denunciando las series de médicos.

—Quizá.

Se puso a trabajar en mi historial médico. Presión sanguínea, normal. Electrocardiograma, normal. Electroencefalograma, normal. Sin enfermedades conocidas. Indigestión crónica probablemente debida al sobrepeso. La póliza ascendía a 100.000 dólares, con pagos trimestrales de 450. Tenía treinta y siete años y era apto para asegurarme; mi nivel de riesgo resultaba aceptable.

Me puse la ropa. Había una cosa, dijo Virgil Isador Kerides. No era un problema médico, así que no demoraría la emisión de la póliza. Pero ¿alguna vez me había dicho alguien que tenía los hombros blandos?

Le pregunté qué significaba aquello.

—Nada. Que son... blandos, nada más. Tiene usted los hombros blandos.

Los hombros blandos. Si había alguna metáfora perfecta para mi vida en aquella época, era aquélla. No pedí diagnóstico a

nadie más. No me preocupaban la atrofia muscular, ni la desintegración neurológica, ni el tuétano de hueso reblandecido. Gracias a algún vago instinto psíquico, Virgil Isador Kerides, a quien le resultaba un problema ser judío griego, había intuido lo que yo ya sabía: que había otras células renegadas que se estaban comiendo mis tejidos vitales.

La metástasis había empezado un par de años antes. Cuando yo era joven y los demás cumplían treinta y cinco años, siempre me hacía gracia mandarles un telegrama de felicitación que dijera simplemente: «Bienvenido a la mitad del camino». Sin embargo, la primavera en que cumplí los treinta y cinco, de pronto dejó de hacerme gracia el chiste. Quizá fue porque empecé a encontrarme nombres de antiguos compañeros de clase en las necrológicas de la revista de exalumnos de mi universidad. «Después de una breve enfermedad...», empezaban las notas. Era una expresión escalofriante. Morirte borracho en un accidente de tráfico o al chocar con un árbol mientras esquiabas por lo menos tenía cierto elemento juvenil y desenfrenado. Empecé a examinarme en busca de bultos y quistes. Oí con temor sombrío a un médico decir que iba a mandar una muestra de tejido mío «para una biopsia». Simplemente, y sin razón alguna, me había entrado terror a morir.

Al principio la obsesión se evidenció de formas insignificantes. Odiaba ir en avión con celebridades de segunda fila, presentadores de telediario poco conocidos o hijos fracasados de gente importante. Una vez me bajé de un vuelo abarrotado para no estar sentado al lado de Elliott Roosevelt. Ya había escrito mentalmente el titular: «Mueren en accidente aéreo el hijo de Roosevelt y 92 pasajeros más». Por todas partes veía recordatorios de la mortalidad. Una vez, atrapado por la nieve en un motel de Montana, abrí una carta que me había reenviado alguien. No sabía quién, porque no llevaba remitente. Lo único que contenía era un recorte de un breve del *New*

York Times. Un conocido mío de la universidad se había caído bajo las ruedas del tren suburbano de las 8.12 que iba de Noroton a Grand Central y había muerto al instante. El tipo en cuestión ni siquiera me caía bien, pero en aquel motel de la cadena Best Western de Great Falls, Montana, me acordé con claridad febril de la última vez que lo había visto. Debía de haber sido quince años antes, la víspera de su ingreso en el Cuerpo de Marines. Me lo había encontrado en una calle de Nueva York, y, a modo de regalo de despedida, lo invité a eso que en los años cincuenta se llamaba «un polvo». La chica era una prostituta que vivía en un apartamento soterrado y pintado de color naranja cerca del East River. Cobraba veinte dólares por lo que denominaba «dos kikis». La chica no entendía que yo no quisiera compartir el regalo y que ni siquiera quisiese mirar. Me limité a sentarme en su sala de estar y hojear un portafolio de fotos guarras. Los oí negociar un tercer «kiki» en la habitación de al lado. Él no quería pagar y ella intentaba convencerlo para hacerme apoquinar diez dólares más. Ya casi había amanecido cuando salimos del apartamento. El tren que había de llevar a mi conocido a Quantico salía de Penn Station a las 6.30 de la mañana. Caminamos por las calles desiertas sin que ninguno de los dos tuviera nada que decir y nos estrechamos la mano en la puerta; no volví a saber nada de él hasta después de su encontronazo con el tren de Noroton de las 8.12.

Empecé a preguntarme si mi muerte sería merecedora de un breve en la sección «Milestone» de la revista *Time*. ¿Acaso los editores me considerarían digno de ser recordado? (Me los imaginaba perfectamente diciendo:

—Antes trabajaba aquí. Ni siquiera llegó a redactor jefe.

—¿Qué hizo después de irse? ¿O lo echaron?

—Creo que se fue.

—Escribió un par de libros.

—¿Ah, sí?

—La cosa está entre él y la quintilliza Dionne que ha palmado.

—Pues mejor la quintilliza.)

Mi mal genio, que siempre había sido volátil, se volvió explosivo. Un día, en Sunset Boulevard, un chaval al volante de un Austin-Healey me golpeó de refilón y me hizo subirme a la acera.

—¡Hijo de puta! —le grité.

El Austin-Healy derrapó hasta detenerse. El chico y su novia salieron de su coche y caminaron hasta el mío. Él llevaba chaqueta de ante y botas de vaquero; ella, sandalias, vaqueros y blusa india sin sujetador. Eché un vistazo a sus tetas.

—¿Qué me has llamado? —dijo el vaquero.

—Hijo de puta —le dije—. Hijo. De...

—¿Quieres una hostia en toda la boca?

—¿Qué quieres, impresionar a tu zorra? ¿Te crees un tío duro?

—Más duro que tú, gilipollas.

Nos dispusimos a pelear bajo el sol de mediodía en Sunset Boulevard, frente al local donde antes había estado el restaurante Garden of Allah, donde habían vivido Robert Benchley, Scott Fitzgerald y Dorothy Parker, cuyas conversaciones a buen seguro eran mucho más inteligentes que las palabrotas tipo «zorra» e «hijo de puta» que se estaban diciendo aquel chaval con chupa de ante y aquel lunático de treinta y siete años recién salido de su Firebird gris descapotable. Yo asesté el primer golpe, que le alcanzó en la parte alta del pómulo, y a cambio de mi osadía él me clavó una bota campera entre los testículos. Me quedé tirado en la acera, agarrándome las pelotas y gimiendo de dolor, mirando cómo el chaval y su chica se alejaban al volante del Austin-Healey.

Los días vacíos estaban plagados de humillaciones. Fui al médico para ver si había alguna razón médica por la que yo no hubiera podido engendrar una criatura. Tampoco es que quisiera. Mi hija era adoptada y era imposible que algo producido por mis genes pudiera compararse con ella. Pero por lo menos aquello me daba algo que hacer, era una forma de malgastar el día. El médico dijo que había dos formas de analizar mi semen: mediante lo que denominó «autogratificación» o bien usando la semilla del *coitus interruptus*. Elegí la primera forma. Dado que el semen no podía llegar a su consulta más de cuarenta y cinco minutos después del clímax, la segunda tenía un aire de follar contrarreloj que me intimidaba. El cronometrador levanta su pistola: preparados, en sus marcas, listos, ¡ya! Sal de la cama y ponte la ropa. Se ha calado el motor del coche. Hacia el este por Palos Verdes Drive. Hacia el sur por la calle Veintiséis de San Pedro. Coger la autopista del puerto. Cambiar a la autopista de San Diego. Salir por Wilshire Boulevard. Si los semáforos te acompañaban y el coche estaba en buenas condiciones, podías llegar con una eyaculación de hacía cuarenta y tres minutos. La autogratificación parecía más sensata.

La enfermera del médico me dio un preservativo natural de piel de cordero y me indicó dónde estaba el lavabo de caballeros. Me senté en un cubículo y traté de insuflarle vigor a mi miembro flácido, presa del terror a que alguien abriera de golpe la puerta del cubículo y me descubriera con un condón lubricado colgando entre las piernas, como un refugiado cualquiera en una estación de autobuses o en un lavabo de hombres de un albergue de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Intenté visualizar pechos y partes íntimas, una tarea nada fácil cuando la banda sonora eran los gruñidos de estreñimiento del cubículo contiguo. Alguien se puso a canturrear frente al urinario:

You've got to live a little,
Laugh a little,
Always have the blues a little,
That's the story of
That's the glory of
Love, love, love.

Pasaron los minutos. Me imaginé a la enfermera mirando el reloj, preguntándose qué clase de acto pervertido me traía yo entre manos. Hice una lista mental de todas las mujeres con las que había tenido relaciones sexuales. El número total era veintiocho y ninguna de ellas me estaba ayudando en nada. *Love, love, love*. ¿A quién me había querido follar sin conseguirlo nunca? Estrellas de cine, esposas de amigos, perros, vacas, lo que fuera. Nada. *Love, love, love*. Por fin pensé en Carmella Manupelli, de mi clase de séptimo de primaria, escuela Verbum Dei, Hartford, Connecticut, la primera chica a la que había conocido que llevaba sujetador, hoy en día convertida en Hermanita de los Pobres en Chicago. Bingo.

Metí el condón en un pastillero y se lo entregué a la enfermera. Lo aceptó como si fuera una galleta de ciruela del carrito del café. Todavía tenía arrugado en la mano el envoltorio de papel metalizado del preservativo, sin saber qué hacer con él. La papelera de la recepción no me parecía el lugar adecuado para tirarlo, de forma que me limité a quedármelo en la mano cerrada. Contemplé a los demás pacientes, bastante convencido de que me la había cascado más recientemente —o por lo menos más recientemente en un entorno grotesco— que ninguno de ellos.

Los resultados tardaron casi una hora en llegar. Los espermatozoides habían aprobado el examen.

—No ganarán ninguna carrera —dijo el médico—. Pero por lo menos llegan a la meta.

Pedí perdón a la madre Mary Stella Mare, antes conocida como Carmella Manupelli. La carrera no siempre la ganaba el más rápido.

2

En casa reinaba el descontento de siempre. A veces me daba la sensación de que íbamos de crisis en crisis igual que dos viejos actores de repertorio van de ciudad en ciudad, y que cada crisis era una noche de estreno en la que las interpretaciones podían volver a tocar fondo. Me compré una navaja; ella me dijo que era un gesto atávico. Le dije que vivir con ella era como vivir con una piraña. Me dijo que el trato con las mujeres envejecía a la gente. Una noche estábamos en la cama y al cabo de un rato sin hablar me dijo:

—¿Estás tumbado encima de mi libro?

—¿Qué libro?

—El que estaba leyendo. El libro de cocina.

Lo encontré debajo de las mantas y se lo di. Era *Cocina regional francesa* de Elizabeth David, y tenía una página doblada por la receta de *tête de veau vinaigrette*: «Cuando es buena, es decir, cuando se sirve realmente tierna y caliente y la pieza tiene relativamente poca grasa y la vinagreta está bien mezclada, entonces es muy buena. Más a menudo, sin embargo, es repulsiva».

Por la mañana le pregunté:

—¿Terminaste el libro?

—Me dio dolor de cabeza.

—¿Por qué?

—Por el ritmo particular de las frases. Me afectó a las ondas alfa.

A falta de nada más que hacer, empecé a conducir, primero por la autopista y después haciendo expediciones más largas, excursiones de todo el día diseñadas únicamente para

mejorar la calidad de mi consumo. Exploré una tienda de ropa de Santa Bárbara y unos almacenes Sears de San Diego. Una mañana salí en busca de una hogaza de pan para desayunar y terminé comprándola en un Safeway de San Francisco. Vivíamos a 766 kilómetros de San Francisco. En otra de aquellas excursiones, me pararon en las afueras de San Luis Obispo por superar el límite de velocidad y me hicieron una prueba de alcoholemia. Me toqué la nariz y conté hacia atrás desde cien, y cuando el policía de carreteras me preguntó qué estudios había completado, le contesté: «Cuatro años en Princeton». Me miró con cara rara y me dejó ir.

Las expediciones en coche se alargaron y se volvieron más complejas. Fui tres días a Brawley y una semana a Ukiah. La velocidad me liberaba. Alcanzaba los 210 kilómetros por hora y el riesgo de reventar una rueda me ponía eufórico. Fue una época de tratar con camareros de autoservicio y camareras de coctelerías. Me pasaba el día entero en mi habitación de motel de El Centro o de Lone Pine y veía *Dialing for Dollars*, *Secret Storm* y *The Newlywed Game*. Miraba con lujuria a Julia Child en *The French Chef*. Ponía una moneda en la cama vibratoria cuando aparecía ella en pantalla y la veía preparar una quiche o un *coq au vin*; el colchón se ondulaba mientras yo concentraba mi fértil imaginación en aquel metro ochenta y cinco de chef en su cocina televisiva. Por las noches me recorría las cafeterías y por las mañanas me miraba en el espejo y observaba mi incipiente papada.

Una tarde de otoño anuncié que aquella noche me iba a Nueva York a ver la Serie Mundial. No en el campo de béisbol, sino por televisión. Mi mujer no me preguntó por qué no me servía nuestro televisor; lo entendió. Entendía lo de conducir, por qué llevaba más de un año sin trabajar, mi miedo a morir y mi necesidad de coger el vuelo nocturno de la TWA a Nueva York. Me alojé en el apartamento de un amigo

que estaba de viaje. Resultó que tenía el televisor averiado y terminé oyendo la Serie Mundial por la radio y yendo por las noches a la funeraria Frank E. Campbell de la avenida Madison con la calle Ochenta y uno para ver si conocía a alguno de los difuntos. No veía a nadie y nunca me aventuraba a salir del apartamento, salvo para ir a la funeraria Campbell y a la tienda en busca de galletas Oreo y chocolatinas Heath.

La Serie Mundial se terminó al cabo de cinco partidos. Yo necesitaba conectar con alguien y todavía no lo había conseguido. Intenté ordenar mis experiencias primordiales: el nacimiento, el matrimonio y mi primer encuentro sexual: yo tendría unos veinte años y ella había sido una prostituta de edad incierta. Durante la quinta manga del último partido de la serie, consulté el listín telefónico para ver si seguía apareciendo aquella mujer. Resultó que conservaba la misma dirección. Marqué su número. Quería ver adónde se habían ido los años.

—Hola, Phyl, soy Philip. —Philip era el nombre que había usado siempre con ella.

La voz ronca de la mujer no había cambiado.

—¿Qué Philip, cielo?

—Philip de Princeton.

Hubo una larga pausa.

—¿Cuándo fue la última vez que hablé contigo, cielo?

Hacía diecisiete años, pero mentí.

—Supongo que hará unos cinco años.

—Caray, cariño —dijo ella—. Es que ya tengo sesenta y dos.

3

En primavera me compré un guante de béisbol para mí y otro para mi hija. Yo tenía treinta y siete años y ella tres. Vi un ciclo de Victor Mature en un cine desierto de Santa Mónica

del tamaño de un trastero que llevaban unos homosexuales, y al cabo de unos días lo complementé con un ciclo de Lon McAllister. El proyeccionista llevaba camiseta de rejilla y se rio histéricamente con *Nuestra casa en Indiana*. Yo era la única persona del cine y bajó a hablar conmigo aprovechando que tenía que cambiar las bobinas. Me dijo que era un apasionado de Walter Brennan, que su padre era coronel de la Fuerza Aérea y que al día siguiente se iba a mudar a Cuzco. «De folleteo —me dijo—. Voy a estar de folleteo.»

Había algo en él que por primera vez en meses me dio ganas de volver a trabajar. Hacer de reportero tiene un aspecto terapéutico que poca gente quiere admitir. ¿Qué es un reportero sino una especie de detective doméstico, que hurga en los cajones de las vidas ajenas, en busca de cualquier pequeño vicio, de ese desliz medio olvidado que ha quedado guardado como si fuera unos calzoncillos sucios? El trabajo de reportero anestesia los problemas propios. Siempre hay alguien que sufre un bache emocional, o incluso una estafa emocional, peores que los tuyos; alguien a quien puedes servir comprensión a cazos como si fuera un donativo a la beneficencia, una comida gratis de la sopa boba psíquica, aunque solamente una vez, no más; añadir otra ya implicaría responsabilidad, y la responsabilidad es lo que uno estaba intentando evitar desde el principio.

La pregunta era dónde estaba aquel punto perfecto en el cual buscar la salvación sin compromiso. Hasta que un día iba conduciendo por la avenida La Brea a la altura de Hollywood y vi una valla publicitaria instalada encima de la consulta de un dentista a crédito. Sobre un fondo castaño había una imagen de una ruleta enorme y una inscripción en letras doradas que decía simplemente, con una ausencia délfica de puntuación: «VISITE LAS VEGAS ANTES DE QUE SALGA SU NÚMERO».

Y lo hice, por los pelos.